

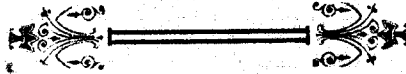


SE PUBLICA LOS DIAS 10 Y 25 DE CADA MES
CON APROBACION ECLESIASTICA.

Dirección y Redacción (Basilá)
Administración (Banapà)

Sección Religiosa

SANTORAL



- Día 26 J. Ss. Esteban protomartir y Zenón. mr
Día 27 V. S. Juan apóstol y evang.
Día 28 S. Los Santos Inocentes, mar.
Día 29 D. S. Tomás Cantuariense, arz y mr.
Día 30 L. La Traslación de Santiago Apóstol.
Día 31 M. Ss. Silvestre papa, Sabiniano obispo.

ENERO. de 1913

- Día 1 M. ✠ La CIRCUNCISIÓN DEL SEÑOR.
Día 2 J. *La Venida de Ntra Señora del Pilar.*
Día 3 V. Ss. Antero papa, Cirino, Anastasio y Florencio obs.
Día 4 S. Ss. Tito y Gregorio Obs y Priscos. y c mr.
Día 5 D. Ss. Teleforo papa, Simeón monje.
Día 6 L. LA EPIFANÍA DEL SEÑOR.
Día 7 M. Ss. Crispín ob. Nicetas cf. y Julián,
Día 8 M. Ss. Apolinar obispo, Máximo confesor.
Día 9 J. Ss. Anastasio, Celso Vidal, Perquato mr

Director
Francisco Aguirre

UNA VISPERA DE NAVIDAD

24 de Diciembre de 1793

Cuando iba a expirar el año 1793, el Terror se hallaba en su periodo de mayor eficacia. En el mes de Enero había tenido lugar la ejecución del rey; en el de Octubre la de la reina, y en el intermedio ¡cuántas víctimas, inocentes unas y culpables otras habían sido inmoladas por la furia revolucionaria! Carlotta Corday, el general de Custine, Felipe Igualdad, Madame Rolan, el antiguo ministro Lebrun y cien otros habían doblado su cabeza bajo el peso de la guillotina... Finalzaba, pues, con sangre este año maldito y trágico, y los crímenes que lo habían ensangrentado iban a renovarse y proseguirse en los seis primeros meses del año siguiente.

Como era natural, un régimen tan abominable asesino de todas las tradiciones y de todas las creencias, no toleraba las fiestas religiosas. La noche de Navidad, que durante muchos siglos fué consagrada por la Iglesia y por las familias al nacimiento del Hijo de Dios, no se anunciaba este año como debiendo no diferir en nada de las que la habían precedido ni de las que la iban a seguir. París estaba triste aquella tarde, pero con una tristeza que revelaba algo solemne y grandioso. Durante el día había permanecido envuelto en una espesa bruma que a la llegada de la noche se resolvió en una lluvia glacial, fina y penetrante que volvía el suelo más lodoso, las calles más oscuras y añadía nuevas sombras al cuadro de horrores y angustias bajo cuyo peso las imaginaciones y las almas se sentían aplastadas.

Con la noche la ciudad había quedado solitaria, habiéndose apresurado a entrar cada uno en su casa ya para librarse de la intemperie de la estación, ya sobre todo para huir los peligros de unas calles desiertas, sombrías, mal guardadas y entregadas a gente sin conciencia que solo esperaba la obscuridad para robar impunemente a los transeuntes incautos y desprevenidos.

Era necesario describir este cuadro a nuestros lectores antes de abrirles la miserable vivienda, la indecente prisión a donde hemos de conducirles, situada en el tercer piso de la torre del Temple, de esa famosa torre cuyos muros guardan innumerables recuerdos históricos. Allí había sido encerrada la familia real el 10 de Agosto de 1792; de allí había salido el rey el 21 de Enero para ir al suplicio; de allí había sido conducida la reina a la Consièrgerie la víspera de su proceso; allí era fin habían quedado, después de muertos sus padres, el pequeño rey Luis XVII, su hermana M.^{me} Royale y su tía M.^{me} Elisabeth.

Por un exceso de crueldad que eternamente oprimirá la conciencia de sus autores, se había negado a estos desdichados la triste alegría de poder llorar juntos. Arrancado a la solicitud maternal, el niño rey estaba bajo las órdenes del carcelero Simón, y cuando la autora de sus días hubo expirado en el patíbulo y solo quedaban de toda la familia real

su tía y su hermana aun entonces se le negó la compañía de éstas que no debían volver a verle ya más sobre la tierra. Así que aquella noche, mientras el pobrecito yacía en su lecho, incierto de su porvenir, su tía y su hermana se hallaban solas, presas también de la misma incertidumbre, en estrecha habitación del piso superior, donde vivían sequestradas hacía muchos meses.

M.^{me} Royale contaba a la sazón 15 años y M.^{me} Elisabeth 29. Pero habiendo conservado ésta todas las gracias de su primera juventud, y habiéndose adelantado en su sobrina la reflexión con el espectáculo de las duras pruebas llovidas sobre la casa de Francia, la diferencia de edad se había borrado prontamente. Al observarlas por vez primera se hubiera creído que la primogénita hacía con la más joven el oficio de tierna madre, pero M.^{me} Royale y M.^{me} Elisabeth, almas vírgenes que aun no habían sido manchadas con el polvo de este mundo, hechas semejantes por la desgracia, parecían más bien dos hermanas que madre e hija, lo que por otra parte en nada alteraba la actitud de la una respecto de la otra. La comunidad de sus sufrimientos, una simpatía recíproca, el constante cambio de sus pensamientos, y en fin la espantosa soledad a que estaban condenadas en esta prisión, de la que no se les permitía jamás franquear el umbral, ni aun siquiera para respirar el aire puro, habían unido su afecto con una fuerza indestructible e impreso en su amor un carácter sobrehumano.

Vigiladas con un rigor excesivo, ignorando si la reina vivía o había muerto, no conociendo del pequeño Luis XVII más que el hecho material de su existencia, no sabiendo en concreto nada de lo que sucedía en París, viviendo en continuos sobresaltos por los clamores que llegaban hasta su habitación y presintiendo la gravedad de los hechos por los repiques de alarma o los toques de la generala, ellas, las infelices, no gustaban en su incesante tortura, de otro consuelo que el que les proporcionaba su mutua compasión. Así veían deslizarse sus horas de honda amargura, y nadie hubiera dudado de la gravedad de lo que iba a suceder al verlas aquella noche en la obscuridad de su prisión, donde la caprichosa tolerancia del guardia había dejado, como por favor, candela encendida sentadas junto a un fuego que se iba apagando por momentos, cerquita la una de la otra, teniéndose mutuamente las manos y guardando profundo silencio, interrumpido a veces por algunas reflexiones sobre su miserable estado.

— ¡Qué triste es para nosotros este año la fiesta de Navidad, exclamó M.^{me} Royale.

— Es la segunda vez que nos sorprende cautivos, observó M.^{me} Elisabeth. El año pasado ya estábamos aquí.

— Sí, pero el año pasado también estaban con nosotros mi padre, mi madre, mi hermano. Estábamos todos reunidos. Llegada la tarde se nos dejó a todos juntos. El rey nos leyó por sí mismo la Santa Misa y un Capítulo de la "Imitación". La oración fué aquella vez más solemne y fervorosa. A pesar de todo aun tuvimos un poco de felicidad. ¿No os acordáis, tía?

— Sí, Teresa, me acuerdo, respondió M.^{me} Elisabeth. ¡Pobre hermano mío! ¡Pobre Antonieta!

Su voz expiró ahogada por las lágrimas, mientras M.^{me} Royale proseguía con emoción:

— Este año nos hallamos solas, estoy de luto por la muerte del mejor de los padres que unos monstruos han asesinado barbaramente; ignoro si mi madre vive todavía o si ha muerto ya, y de mi desgraciado hermanito sólo sabemos una cosa: lo que nos dicen sus suspiros llegados desde abajo hasta nosotros: que le martirizan.

Al proferir estas palabras entrecortadas por los gemidos, M.^{me} Elisabeth estrechó contra su pecho a la sobrina, y, acariciando sus cabellos, le dijo:

— No estamos solas, querida mía; Dios está con nosotras.

— Sí, pero a veces me parece que está tan lejos!..., prosiguió M.^{me} Royale. ¿Nos defiende él contra los malvados? ¿Qué protección nos dispensa?

Su tía le puso dulcemente la mano en la boca, y replicó:

— ¡Calla! Teresa, no digas eso. Semejantes palabras hacen sospechar que dudas de su bondad. Sus designios son impenetrables. Hemos de creer que si nos niega la tierra es sólo para hacernos más dignas del cielo.

Toda afligida, M.^{me} Royale dejó caer su cabeza sobre el hombro de M.^{me} Elisabeth.

— Sois una santa, querida tía, desearía ser como vos.

Un silencio sepulcral siguió a estas palabras. Las prisioneras se recogían interiormente. Durante algunos instantes parecieron absortas en una meditación profunda, como perdidas en un dulce sueño que les llevaba muy lejos de la horrible realidad de su existencia de cautivas.

M.^{me} Elisabeth fué la primera que volvió en sí. Ella no se había entregado a sueños fantásticos, había orado mentalmente. Según acababa de decirle su sobrina con la inocencia de un ángel, era una verdadera santa, quien, junto al patíbulo mismo, hallaba en la oración y en la plegaria el refugio supremo, é iba a buscar en el trato con Dios la resignación y el valor necesarios en aquellos trances. Cuando oraba se la hubiera imaginado desligada del mundo, y caminando por el cielo, extasiada entre músicas angelicales. Por eso no es de admirar que cuando terminó su piadosa meditación, pareciese bajar de otra esfera y recobrar su serenidad acostumbrada después de haberse cernido muy alta, lejos de la maldad de los hombres y del abismo de sufrimientos en que estaba sumergida.

Fijando de nuevo su mirada en M.^{me} Royale quedó gratamente sorprendida al ver que su rostro había cambiado de expresión. Nada se observaba en él de la anterior agitación: estaba sereno, en sus ojos, húmedos todavía por las lágrimas, se dibujaba una triste sonrisa, que parecía brillar en ellos con sentimiento. Al advertir la mirada de su tía, M.^{me} Royale se enderezó, se desprendió suavemente de aquél abrazo tan afectuoso, cuyo encanto había sentido hondamente, y apareció muy confortada.

— ¿En qué piensas, hija mía? le preguntó M.^{me} Elisabeth con inefable dulzura.

M.^{me} Royale se frotó los ojos como si despertase.

— Estaba yo en Versailles en 1788, hace ya cinco años, dijo ella con acento conmovedor. Ahora he estado viendo el oratorio del castillo. Se celebraba en él la misa de media noche, y yo estaba allí, porque mis padres, a petición de mamá Tourzel, me habían concedido por vez primera hacer la vela al Niño Jesús. Me acuerdo de todo, de mis sorpresas, del contento del rey y de la reina al ver mi alegría ante el belén que se había construido en un rincón de la capilla... Aun me parece que estoy viendo al divino Niño sobre la paja y al buey y al mulo y a los pastores y a los magos y a los ángeles arrodillados. Y todo aquello estaba lleno de luces y los cantores de la corte cantaban con mucha solemnidad: *Venite, adoremus*. ¡Qué hermoso era aquello!

Luego interrumpiendo la enumeración de sus recuerdos, con voz clara y pura, aunque bajito por el temor de ser oída, moduló según el aire litúrgico, las primeras palabras del himno secular.

Mas bien pronto se extinguió su voz, ahogada en un torrente de lágrimas. El dolor era mas fuerte que el echizo del recuerdo, la comparación del presente con el pasado demasiado cruel para esta alma de niña torturada hasta el martirio. Lloraba la pobrecita, lloraba, gemía, repetía desfalleciente en tono casi desesperado «Papá; mamá» y caía por fin en brazos de M.^{me} Elisabeth. Esta, sobreponiéndose á su dolor, se esfuerza por consolar a su sobrina. La estrecha maternalmente contra su pecho, le dirige amorosas palabras, le prodiga tiernas caricias, y para devolverle la calma y el sosiego, murmura cantando á sus oídos en tono de salmodia: *Venite, adoremus*, esperando que su oración produzca un efecto reparador en aquella alma cándida é inocente, abierta á todas las mociones del Espíritu divino.

En estas llaman á la puerta bruscamente. Las dos cautivas permanecen en su lugar, inmóviles por el espanto que las ha sobrecogido, aumentando por la brutalidad de los despropósitos que profiere desde fuera una voz avinagrada.

— ¡Remilgadas y comodonas; ¿esperáis á que venga el día para apagar la luz? Apagadla aprisa!... ¡aprisa ó voy yo mismo allá!...

M.^{me} Elisabeth, sin responder, se acerca á la mesa y apaga la luz.

El guardia se retira jurando y refunfuñando. Ella entonces se vuelve á M.^{me} Royale y abrazándola, murmura: «Nosotras no estamos ahora en Versailles, querida mía. Aquí no hay pesebre ni música, pero podemos adornar con el pensamiento nuestra humilde prisión. ¡Y no debemos alegrarnos de estar en ella, por miserable que sea, habiendo nacido Jesús en un establo? Arrodillémonos, y si quieres celebremos su Nacimiento»

Prosternada ante un pesebre ideal, entona con voz temblorosa y débil como un soplo el *Venite adoremus*. M.^{me} Royale hace lo mismo; y transportadas al cielo, las dos cautivas olvidan por algunos momentos el implacable infortunio que volverá á atormentarlas mañana.

Antonio Pires

C. M. P.

El abate Garnier, que formaba parte de una peregrinación francesa a Roma notificó a *La Croix* en una carta el siguiente hecho:

“Entre los peregrinos había un joven de veintiún años, llamado Pierre Beaumont, natural de Ville-neuve d'Ornon, que estaba sordo desde los dos años, y marchó a Roma para rogar al Papa pidiese a Dios su curación. Habiendo obtenido una audiencia particular de Su Santidad para el día 10 de septiembre,

se presente dicho día, acompañado de su madre, ante Pío X, a quien expresó su deseo.

“—¿Tenéis verdadera fe?—le preguntó el Padre Santo.

“Como el joven no oía, su madre contestó por él: “Sí Santísimo Padre, la tiene”.

„Entonces Pío X, dándole con los dedos tres golpes en la cabeza, le dijo: “Oye, oye, oye”.

“Y en el mismo instante el joven que oyó las palabras del Papa, rompió a llorar de emoción y alegría.

“Tres días hace que esto sucedió—añadió el abate Garnier—y cuantas veces he visto al joven, aunque le haya hablado en voz baja, siempre me ha oído”.

Huelgan los comentarios.

LA HORMIGA DE ORO Ilustración Católica

Se publica todos los sábados con información gráfica mundial, completísima y de actualidad palpitante.

Tiene corresponsales fotográficos en todas las poblaciones de España y en las más importantes del extranjero.—Texto ameno é instructivo.

**Precio de suscripción para estos Territorios del Golfo de Guinea
DOCE PTAS. AL AÑO—Pago adelantado.**

OFICINA DE ADMINISTRACION:

PLAZA DE STA. ANA, 26. BARCELONA.

Se suscribe en todas las librerías católicas de España y en esta Administración.

LOS LECTORES DE «LA GUINEA ESPAÑOLA»

pueden adquirir con importantes rebajas

LA BIBLIOTECA

CIENCIA Y ACCIÓN

(Estudios sociales)

Director: SEVERINO AZNAR Editor: SATURNINO CALLEJA

CIENCIA Y ACCIÓN publica los libros más selectos que se escriben en el mundo sobre:
Sociología pura. — Psicología social. — Moral social. — Derecho social. — Cuestión social en general. — Cuestión agraria, obrera y de las clases medias. — Feminismo. — Regionalismo. — Anarquismo. — Individualismo. — Acción social. — Instituciones, organización y legislación sociales.

**

Obras publicadas en la primera serie.

Pavissich: La acción social, 2 ptas.

Goyau: Ketteler, 3 ptas.

Pavissich: Mujer antigua y mujer moderna, 4 ptas.

Pavissich: Un cáncer de la civilización, 3 ptas.

Allard: Los esclavos cristianos, 4 ptas.

Brants: Las grandes líneas de la Economía contemporánea (tres tomos), 12 ptas.

Obras publicadas en la segunda serie.

Cada tomo una peseta.

Garriguet: La propiedad.

Garriguet; El trabajo (dos tomos).

Les Cases: El paro forzoso.

Rivière: La tierra y el taller.

Beaufreton: La mujer en el hogar.

Garriguet: El valor social del Evangelio.

Turmann: Las asociaciones agrícolas en Bélgica. (dos tomos).

Los precios indicados son en rústica. Con lujosa encuadernación en tela, aumenta el precio **1 pta.** en la primera serie y **0,75** en la segunda. Se publica un tomo semanal aproximadamente.

La Guinea Española irá dando cuenta de los libros que se sirvan enviarnos.

CUPÓN

Enviando á Saturnino Calleja, calle de Valenci 28, Madrid, Apartado 447 este cupón con el importe de los libros de **Ciencia y Acción** que se deseen rebajará **15 por 100** de aquél en los volúmenes de la primera serie y **10 por 100** en los de la segunda. En pedidos mayores de **diez pesetas**, franco de portes; en los de menor cantidad se aumenta **veinticinco céntimos** por tomo para España y **cincuenta céntimos** para América. Se remiten gratis á quien los pida, folletos explicativos de **Ciencia y Acción** y juicios que ha merecido al Episcopado hispano-americano, á la Prensa y á la crítica.

LA VOZ DE FERNANDO POO

Defensor de los intereses de las Posesiones Españolas del Golfo de Guinea

Se publica quincenalmente.

Redacción y Administración: Aragón, 230. BARCELONA

LA GUINEA ESPAÑOLA

HODIE CHRISTUS



NATUS EST NOBIS

MIL FELICIDADES

DE todo corazón se las deseamos a todos nuestros lectores en las presentes Pascuas de Navidad. Que el Divino Infante que vino a traer salud y alegría al mundo, los llene a todos de sus preciosos dones y los conduzca por caminos de prosperidad y bienandanza temporal y eterna: Es lo que ardientemente desea y pide para todos

LA DIRECCION

SUMARIO. *Texto.*—Mil felicidades.—Es una vergüenza.—Hablando con un agricultor.—Emmanuel.—Momentánea.—Lo que vale «La Guinea Española».—Quincena a la vista.—Cuentos Africanos.—Cubiertas.—Santoral.—Una vispera de Navidad.—Otro milagro del Papa.—Anuncios.

Es una vergüenza

Una de las reformas que con mayor urgencia está pidiendo nuestra Colonia es indudablemente la que se refiere a vías y sistemas de comunicación terrestre. En medio de movernos por mar, aún hemos ido progresando algo, sobre todo desde que se van ensayando lanchas de vapor y automóviles; pero por tierra andamos lo mismo hoy día que la isla produce tres millones y pico de cacao que cuando no se conocían plantaciones. Los primitivos colonos no disponían de otros medios de locomoción, que los propios pies y lo más alguna pesada bestia que les aligerara algún tanto el viaje, y esos mismos son los únicos de que actualmente, después de treinta años, podemos echar mano. Para el transporte de mercancías y cargamento teníanse que valer de hombres a guisa de bestias de carga, y no de otra suerte se trasportan hoy día los bultos y cargas. El único adelanto digno de mérito que sepamos haberse introducido en la colonia, es la vía De Cauville por la que ruedan las vagonetas tiradas por hombres y rara vez por bestias, operación que resulta muy pesada y costosa. Y esto en muy contados puntos de la Colonia. De aquí los apuros que ha de pasar el pobre agricultor para trasladar el arroz y demás viveres a su hacienda, por poco que diste de la Capital, y para poner luego en el Puerto el producto de sus plantaciones. De aquí el tener que emplear en estos acarreos los pocos braceros de que dispone, con grave perjuicio de su plantación. De aquí la dificultad de trasladarse el mismo a la Capital por asuntos necesarios y muchas veces urgentes, expuesto a terribles cansancios y fatigas, peligrosas mojaduras y enojosos calores, cosas nada apetecibles en estos malsanos países. De aquí el que apenas se cultive esta féracísima isla más arriba de las costas marítimas. De aquí también el que la isla, sin embargo de ser lo más saludable que hay en el Africa Occidental, según confesión de los mismos extranjeros; apesar de disponer de risueñas alturas tan propias para

descansar y reponer las perdidas fuerzas, para nada de esto haya servido hasta el presente. De aquí también las enormes dificultades con que topa cualquiera que desee edificar, máxime si la construcción ha de ser de mampostería, lo cual sería tan conveniente y que ahora resulta casi imposible a alguna distancia de las playas.

Es una verdadera vergüenza el que en un punto tan capital como es el de vías de comunicación terrestre y sistemas de locomoción y tracción estemos tan estacionados, sin dar un paso adelante.

Cuando alguien tiene el atrevimiento de afirmar lo mucho que ganaría la Colonia, si fuera cruzada por una locomotora en diferentes direcciones, sus palabras son acogidas con una risotada reveladora de la íntima convicción en que se está de que no la verán nuestros ojos, si es que alguna vez llega a ser realidad.

Mayor estupefacción se apodera de los oyentes cuando alguno se atreve a ponderar las excelencias y ventajas de los automóviles, de esos vehículos modernos que tan enormes distancias salvan por minuto.

Y sin embargo, nosotros creemos que deben implantarse, y con urgencia, esas reformas, y con preferencia la segunda, por lo menos los camiones ó automóviles de carga. Y es una vergüenza que nadie los haya introducido hasta el presente. Y el primero que los introduzca será digno de alabanza y merecerá eterno recuerdo. Sería tan hermosa lección la que daría dicho entusiasta bienhechor de la Colonia, que si dependiera del que estas líneas escribe, levantariasele una soberbia estatua con esta o parecida inscripción: "Esto y mucho más se merece el insigne patriota que rompiendo los moldes de la rutina y del atraso, hizo dar un paso de gigante a la Colonia, introduciendo en ella el automóvil, ese sistema de tracción y locomoción que tantísimas ventajas ha de acarrear a la Colonia, ahorrando dinero, bestias, brazos humanos, fatigas, cansancios, enfermedades y muertes..."

(Seguirá)

Guineófilo.

Hablando con un agricultor

—¿Y tendría Vd. la amabilidad de decirme qué procedimiento emplea para limpiar el cacao una vez salido del fermentadero, inmediatamente antes de ponerlo a secar?

—Como tengo la buena proporción del agua, me sirve a maravilla para con poco trabajo dejar bien limpio y lavado el cacao. Con lo cual toma excelente color y se seca pronto y bien.

—No le diré a V. que procede mal ni mucho menos; pero casi me parece mejor el método que siguen otros. Consiste en separar de la almendra las sustancias extrañas con la misma mano o valiéndose de pedazos de saco, con los cuales se restrega un poco el grano. Y quizá sea mejor todavía no restregar el grano, con lo cual pierde más o menos sustancias que le hacen más apreciable y sin las cuales pierde también de peso.

Si con el buen color y aspecto que le da el lavado se compensa la pérdida de dichas sustancias y del peso, claro es que nada se puede oponer al método por V. usado.

El famoso cacao de Ceilán, que obtenía los más altos precios en el mercado de Londres, lo preparan como V. lo hace; lávanlo bien después de fermentado, luego lo secan con cuidado y por grados, de modo que consiguen los granos bien llenos, limpios y de buena apariencia.

En cambio, otros cacaos de varias procedencias se preparan con el segundo procedimiento y no dejan por eso de tener muy elevados precios. Cada cual proceda como mejor le vaya. Y me diría V. si clasifica o no el cacao antes de venderlo?

—¿Querrá V. decir si escojo el grano bueno separando el malo o medianito?

—Eso mismo.

—Pues, sí señor. Creo yo es más ventajoso este sistema que el contrario; pues de no hacerlo resulta que por no disminuir o rebajar el peso en una insignificante cantidad, pierde todo en estimación o valor, a causa del mal aspecto que le dan los granos negros o medio negros.

—Así mismo es, D. N. No hace mucho argüía yo así a un agricultor que seguía el sistema contrario. Mire V., amigo, le decía yo, que por querer ganar más, sale V. perdiendo. Haga V. la prueba. De esos diez sacos que V. tiene listos, yo le aseguro que con la sencilla operación de separar el mal grano, obtiene V. muchísimo mejor precio. Siguió mi indicación, separó lo malo de lo bueno, y con esto solo subió el precio de su cacao más de cincuenta céntimos por Kilo. ¿Y cuánto dirá V. que disminuyó en peso aquella cantidad encerrada en diez sacos?

—¿Unos 15 kilos?

—12 kilos solamente, con los cuales valían sus 10 sacos 650 pesetas, y descartados los 12 Kilos le valieron, con menos peso, 950 pesetas. Y de los 12 kilos separados sacó 9 pesetas.

De modo que vale la pena de escoger el cacao bueno, aunque por ello se merme en algunos kilos el peso de los sacos.

Y otra razón apuntaré todavía, que V. la sabe perfectamente. Con el afán que muchos tienen de embarcar la mayor cantidad posible de cacao no reparan en si es bueno o malo, o bien lo mezclan todo, de lo cual resulta que el cacao de la Colonia, con ser tan bueno, como el de cualquier otra procedencia, queda desprestigiado en los mercados y postergado al último lugar en los mismos. Triste cosa es que por un egoísmo mal entendido, quede tan notablemente perjudicada la Colonia.

Y lo más triste de todo, es que hablar de esto es predicar en desierto, pues ningún caso se hace.

Harto de gritar estoy desde "La Guinea" contra esos compradores de cacao que lo compran en malas condiciones, y sin embargo, como si nada. Sin ir más lejos, en esta misma cosecha he visto con mis propios ojos, no una sino muchas veces, compradores de cacao (y hablo de europeos) que afanosos de llenar los sacos y temerosos de que otros competidores se lo llevaran, se plantaban en pueblos bubis y compraban a estos cualquier cacao que les presentaran y no contentos con esto, importunaban tanto a éstos, que les llevaban el fruto medio mojado y hasta a medio fermentar, pagándoles muy buenos precios. Los bubis claro está, muy contentos de vender el cacao en su propia casa, ahorrándose el viaje y hasta el trabajo de fermentar.

Después diremos que los naturales no saben preparar el cacao, y al cacao bubi achacaremos la causa de la depreciación de nuestro principal producto colonial, cuando nosotros mismos, con nuestra sordida avaricia y míseros egoísmos fabricamos nuestra ruina.

No ha mucho me encontré con un bubi que cargaba un saco de cacao; tuve la curiosidad de verlo, según acostumbro, y al verlo húmedo y recién fermentado, le reprendí porqué no lo ponía dos o tres días al sol antes de vender, y me replicó: un comerciante pasó ayer por delante de mi casa y viendo este cacao en los tableros, me dijo que se lo llevara a peseta el kilo; como después de seco pesará menos y no me pagarán más, he resuelto venderse-lo. Yo creo que aquel bubi no tenía un pelo de tonto, sino que discurría muy bien.

Al decir a otros porqué no separaban el grano negro, una vez seco el cacao, me contestan que lo mismo les pagan sin hacer la dicha separación, por lo que no quieren trabajar en vano.

—En mi concepto, proceden muy bien dichos bubis para su conveniencia particular. La lástima es que no acertemos nosotros a posponer nuestras miras egoistas al bien general de la Colonia que al fin redundaría en bien de cada uno.

(Seguirá)

M. A. G.



EMMANUEL

I

Es al caer de una tarde
melancólica de invierno:
Un anciano venerable
de encanecidos cabellos,
cual la virtud apacible,
como la verdad severo,
camina por las veredas
de Judea sin aliento.
Va acompañando a una Virgen
bella como el firmamento,
a cuyos ojos asoman
celestiales embelesos,
y en cuyos labios se mece
la sonrisa de los cielos.
—¿Falta mucho, Esposo mío?—
dice la Virgen, sintiendo
la fatiga que le causa
el Ser que lleva en su seno.
—Mucho falta, Esposa mía,
y es lo que afligido siento.
Y prosiguen caminando
por aquel ingrato suelo
que jamás vió comitiva
de tan ilustres viajeros.
El sol oculta sus rayos
tras las rocas trasponiendo
y la luna se levanta
al horizonte sereno,
alumbrando las campiñas
de venturosos recuerdos,
que iban quedando desiertas
y envueltas en el silencio
de la noche más helada
que jamás se vió en invierno.
Lentamente caminaban
fatigados sin aliento
y a su paso las palmeras
se inclinaban con respeto
y se callaba el arroyo
y enmudecían los vientos,
y natura suspendida
oído prestaba atento
a las sublimes palabras
de aquellos santos viajeros.
—Esta tierra que pisamos,
decía el Esposo tierno,
pisaron nuestros mayores
al regresar del destierro.
Allí el Morva se levanta
donde Abraham nuestro abuelo
subió a cumplir obediente
el sacrificio cruento.
Aquí Bethel do Jacob
fué sorprendido del sueño
de aquel sueño misterioso
consolador y tremendo. —

Y ella al oír de Jacob
el espontáneo recuerdo,
—Desde allí, dijo, se ve
de Raquel el cementerio;
¡madre triste y sin ventura
que fallece en el momento
de dar a luz aquel hijo
que esperara con desvelo!
Y al oír estas palabras,
los astros palidieron,
la luna ocultó su luz
y se agitaron los cedros
y natura conmovida,
dió un gemido lastimero.
Entre tanto hácia Jebrath
se dirigen los viajeros
extenuados de fatiga
y tristes por los recuerdos.
—Qué luz es, dijo la Esposa
con entrecortado aliento,
¿qué es esa luz que se acerca
y diviso no muy lejos?—
—Es la ciudad de David,
repuso el fiel compañero.
—Es Bethleem, querida Esposa,
la ciudad de los misterios.—
Y ella dió un hondo suspiro
que repitieron los cielos.
—Bethleem, dijo; está cerrado
para los pobres, quedémonos
en este vecino establo
donde nos guareceremos;
yo no puedo proseguir
¡tan fatigada me encuentro!
entremos, que ésta es sin duda
la voluntad del Eterno.
Y entraron en el establo
nuestros humildes viajeros.

II.

Ya la hora se aproxima del célico misterio,
las nubes ya se ragan; su seno se abre ya;
la tierra enardecida en todo su hemisferio
espera al Hijo amado del grande Jehová.
Mas ya ha sonado la hora; las nubes su rocío
más rico que las perlas llovieron con amor:
y al paso del tiempo profundo inmenso ríe
la tierra fecundada, brotó ya al Salvador.
De una doncella humilde, oculta e ignorada
en medio de los siglos ya el Redentor nació
y al verse en su presencia la humanidad cuitada
en gritos encontrados al punto prorumpió.
Yo he citado a los dioses del mundo
exaltado gritó el *Pantheon*;
y entre miles y miles de dioses
no he hallado un remedo de Dios.

Y esta noche mi seno se agita
y se llena de súbito horror.
¿Quién mi paz y reposo conturba?
¿quién mis dioses, atrevido, ahuyentó?
Y a su vez respondió el Hymalaya
con potente y horrisona voz:
Hoy sucumbe el poder del abismo,
de los dioses el cetro cayó
Centinela del mundo yo he sido
de mirada sagaz y avizor.
Cuatro mil son los años que sufro,
de mi sed insaciable el ardor,
cuatro mil son los años que llevo
sumergido en tinieblas y horror,
sin agua de vida
sin vida, sin sol.

Y una gota del fresco rocío
que esta noche en el mundo cayó
de mi sed apagó los ardores,
el ardor de mi sed apagó.
De una estrella el fulgor, que esta noche
en Bethleem de Judá apareció,
de cuarenta centurias las sombras
al fin dispò.
¿No conoces, responde el *Sinà*,
esa luz que en Bethleem alumbró?
Yo he tenido posada en mi cumbre
la infinita presencia de Dios,
que miraba en la luz del relámpago
que del trueno en mí habló al extertor.
Y hoy ni rayos ni truenos escucho
solo un triste vagido se oyó
que parece en la voz el que un día
en mi cumbre inmortal legislò.

Y la eterna enemiga del tiempo
con su voz sempiterna exclamó:
El que yo he conocido *ad eterno*,
el que existe mucho antes que yo.
Esta túnica eterna que visto
infinitos repliegues formó,
de esos largos repliegues que siglos
el mortal en su lengua llamó,
y ese Niño nacido esta noche
existía mucho antes que yo.
Es mi Estrella, responde admirado,
es mi Estrella, responde *Jacob*:
mi Palabra. responde el *Eterno*
y los hombres exclaman: "Mi Dios."

III.

En efecto: aquella noche
que misterios mil encierra
vino el Señor a la tierra
para trocárla en Edén:
y el que antes era servido
por celestes jerarquias
empieza a contar sus días
en el portal de Belén,
y el que en los primeros tiempos
entre tormentos hablaba,
y asimismo se llama
el Dios Justo de Israel,
hoy se oculta y anonada,
entre miseros pañales;
y se entrega a los mortales
diciendo: soy "Emmanuel."

LEON ARAGONÉS, C. M. F.

MOMENTÁNEA

Tres meses de permanencia llevo en Santa Isabel; y fiel y consecuente a la labor que me impuse al dejar las playas levantinas, he procurado estudiar y me he dedicado a comprender las costumbres, la manera de ser e idiosincrasia de los naturales, a la vez que he tenido especial empeño en conocer lo que valen y puede esperarse de los Peninsulares, o mejor dicho de los Europeos que por una u otras razones han venido a sentar sus reales en estos Territorios.

Con la franqueza que caracteriza todos mis actos, bastante conocidos en otros puntos, con la imparcialidad e independenciam de criterio con que quiero y debo emitir mi modesto juicio, y sin pretender por ningún concepto herir individualmente susceptibilidades ni mucho menos menoscabar el prestigio de nadie, he de confesar sinceramente que he sufrido una amarga y cruel decepción, desvaneciéndose como por encanto las ilusiones que tuve la debilidad de forjarme, al dejar mi familia y hogar, para lanzarme a la mar en busca de nuevos horizontes. Vencido ya en las luchas de la vida, y

conocedor del corazón humano no se me ocultan los peligros y dificultades que me acechan, pero contra todo y sobre todo se impone la verdad. Achan algunos, los defectos y deficiencias en determinados servicios al abandono de los Gobiernos, profiriéndose con tal motivo frases gruesas, y conceptos durísimos, olvidando cuantos discuten la labor política y administrativa de los que dirigen la cosa pública, que si bien es muy cierto no están, ni pueden estarlo, exentos de responsabilidad, no lo es menos también que tócanos a nosotros una gran parte, quizá la mas directa, ya que a nuestra falta de virilidad y patriotismo tanto como a nuestro egoísmo, vicios y defectos, se debe el estado embrionario en que se encuentra esta Colonia. Somos los Españoles tan aficionados a la Lotería que llegamos a creer está pendiente nuestra suerte de un número, e igualmente como en los demás órdenes de la vida, achacando a ineptitud de una o dos personas, deficiencias que todos estaríamos obligados a corregir, cooperando a la labor de los que por ministerio de la Ley debemos respetar como un "Símbolo," y que por mucho que sea su voluntad y firmeza, resulta imposible atender a todo, y doblemente con elementos que ignoran u olvidan sus obligaciones de ciudadanía

poniendo con sus absurdos desplantes obstáculos a toda labor fructífera, y que podría redundar en bien de todos. El individualismo que en determinados momentos puede producir héroes, ha resultado funestísimo para el desarrollo comercial de la Colonia, ya que a pesar de funcionar aquí organismos de muchísima vitalidad y prestigio, ha sido casi nula y estéril su labor, gracias al bajo proceder de esos elementos que todo lo posponen a su medro personal; sin Dios ni patria, y que con su conducta han inferido grave daño a los intereses morales y materiales de Fernando Póo.

Se impone, pues, hacer opinión, y hacer patria estudiando cuantas reformas y mejoras exige la vida moderna, y seguramente que en esta meritisíma labor no ha de faltarles el apoyo de los poderes públicos, pero de ninguna manera esperarlos todo del elemento oficial, que bastantes obligaciones tiene, sino que siendo patrimonio de todos este pedazo de tierra último girón de aquel vasto imperio Colonial de nuestra Patria, a todos incumbe velar para su engrandecimiento y prestigio.

J. Alsina

Santa Isabel 6 de Diciembre 1912

LO QUE VALE LA GUINEA ESPAÑOLA

POR

Enrique d'Almonte

Vocal de la Junta Directiva de la Real Sociedad Geográfica.

Continuación.

Cada vez que las circunstancias me han conducido a aquella pequeña posesión española ha entristecido mi ánimo el espectáculo desconsolador que ofrecen el espíritu desunido de los unos, las arrogancias de unos cuantos y la maledicencia ingénita de otros, sugiriéndome el recuerdo de la tremenda y amenazadora profecía contenida en el Evangelio de San Lucas: «Todo reino dividido contra sí mismo, será destruido; toda casa dividida contra ella misma, caerá en ruinas». Palabras de verdad eterna que tal vez dentro de muy breve plazo tendrán cumplida realización en ejemplar y merecido castigo si el ingreso de nuevos elementos en la colonia, firmes propósitos de enmienda y mayor unión y caridad que hasta el presente en los antiguos, no impulsan a la Guinea española por nuevos y salvadores derroteros.

II

Inventario y tasación de la Colonia.

Enunciadas las circunstancias más esenciales para la representación concreta del conjunto de la Guinea española, voy a tratar de inventariar los componentes materiales que reunidos pueden servir de base el día de mañana para su justiprecio pues si llegara el caso de conveniente cambio, de terri-

orios tal valoración o inventario resultaría imprescindible.

Hacia mediados del pasado siglo, cuando las emulaciones políticas no tenían la importancia que ahora, ofreció Inglaterra a España 60.000 libras esterlinas (1.500.000 pesetas al cambio de entonces) por la isla de Fernando Póo. Sobradamente provista Inglaterra de territorios africanos, no deseaba adquirir la isla por sus fértiles tierras, sino por sus puertos, tan apropiados para estaciones navales. No creo pecar de exagerado si tasase las condiciones navales de esa isla en doble precio que el ofrecido entonces, o sea en 3.000.000 de pesetas.

Valorando el litoral continental que se extiende desde el Muni hasta el Campo en otro tanto, apunto otros 3.000.000 de pesetas.

Cincuenta y cuatro años lleva España protegiendo por mar y tierra los intereses europeos en el golfo de Guinea. Al abrigo de su pabellón se vienen desarrollando factorías y plantíos pertenecientes a ingleses y alemanes. Esa protección se ha traducido en un gasto valorable en cifra redonda en unos dos millones anuales durante los veinticuatro primeros años y en un promedio de dos millones y medio anuales durante los treinta años últimos. Total, 123.000.000.

Los plantadores españoles de la Guinea española tienen hoy en cultivo unas 8.000 hectáreas de terreno. La justicia más elemental obligará a todo Gobierno español a estipular la indemnización del valor de su propiedad para todo plantador que no quisiese variar de soberanía (que serían todos). Siendo habitual allí el precio de 3.000 pesetas por hectárea cultivada, encontramos para las plantaciones españolas un valor total de 24.000.000, cifra que puede elevarse a 25.000.000 agregando a ella la propiedad española urbana.

Las tierras e inmuebles de las Misiones católicas no pueden valorarse en menos de dos millones de pesetas, tomando como valor de promedio el de la Misión de Bata, que no es de las mejores.

Tenemos apuntado hasta ahora un total de 145.000.000 de pesetas.

Hay que agregar a lo expuesto que estando en la Guinea continental española el paso obligado para la gran ferrocarril de explotación del Kamerun meridional, también representa un valor considerable tal circunstancia.

No es tampoco insignificante lo que perdería el comercio español, que actualmente opera en Guinea sobre mercancías y valores que le dejan más de medio millón de pesetas de ganancia anual, presintiéndose un aumento positivo de este movimiento comercial para lo porvenir.

No incluyo en la tasación los bosques ni las tierras incultas, no obstante su fertilidad, porque creo que lo imprimen valor a esos terrenos son el capital y el trabajo, sin cuyos factores para nada sirven.

Er suma, me parece que tasando la valía actual de la Guinea española en 150.000.000 de pesetas no me aparto mucho de su valor real, aunque estimo éste en algo más que dicha cifra.

Continuará

QUINCENA A LA VISTA

El viernes día 13 subió aquí a Basile el Ilmo. Sr. Obispo Vicario Apostólico, y de este poblado partió el día siguiente para Rebola en donde administró el domingo el santo sacramento de la Confirmación a 75 cristianos. El martes trasladose su Ilma. a Banapá y de allí a Zaragoza de Itomu donde le ha dirigido su apostólica palabra a los cristianos de aquel pueblo con tres días de ejercicios, que por cierto no han quedado estériles para la gloria de Dios sobre todo en vista de la humildad y espíritu de sacrificio del Obispo Misionero. El viernes volvió a Sta. Isabel con ánimo de dirigirse el sábado 21 a Basupú para confirmar a aquella naciente cristiandad en la fé y amor a Jesucristo.

Que el Señor bendiga los pasos de su enviado y premie la humildad de su apostol con copiosos frutos de vida eterna.

El domingo día 15 llegó a este mismo poblado el Ilmo. Sr. Gobernador Gral. acompañado del Sr. Ingeniero de Obras Públicas.

Unas tres horas permanecieron en esta altura, emprendiendo el regreso a las tres de la tarde.

Al fin el Gobierno de S. M. ha modificado la ley limitadora de los cacos de Fernando Poo, pudiendo en adelante gozar del privilegio de derechos reducidos la cantidad de dos millones y 750.000 kilos, pagando el resto 1.20 pts. el kilo. Por consiguiente, el próximo embarque que realizará el vapor Isla de Panay que se espera estos días, disfrutará del privilegio.

Parece que dicho vapor no tendrá cabida para todo el cacao que espera el próximo embarque que calculamos no bajará de dos millones y 300.000 kilos.

Se ha encargado del juzgado de 1.^a Instancia D. José de la Puente y de la Curaduría Colonial D. Fernando Sánchez Pescador.

El día 12 se celebraron en St. Isabel solemnes honras fúnebres por el alma del que fué Presidente del Consejo D. José Canalejas y Mendez.

El 16 falleció en el Hospital de St. Isabel D. Antonio Casal Sánchez, hermano del acreditado comerciante de esta D. Rafael. Nuestro pésame a su afligida familia.

También merece consignarse aquí por lo conocido que era en la Colonia, la muerte de Fernando Nsé, alcalde o jefe de los Pamues de Banapá ocurrida el día 20 edificándonos a todos con su fervor en los últimos días, después de hacer pública reparación de los escándalos que de palabra y obra había dado, públicos en toda la Colonia, muriendo con la muerte de los justos, confortado con los Stos. Sacramentos y demás auxilios de la Iglesia, asistido por un Misionero de quien no quería separarse un momento, después de una tierna despedida de los circunstantes, y exortación patética a la buena vida, cerrando su boca con entusiastas vivas, a Jesucristo, a su Sma Madre y a España que son los amores que aprendió de jovencito en nuestro Colegio.

También el correo ha traído la noticia del fallecimiento de D. Nicasio Ardoiz, padre de nuestro Hermano en Religión y solícito corresponsal de nuestra "Guinea" R. P. Jorge Ardoiz.

Una oración por el alma del finado suplicamos a todos nuestros lectores.

--Las noticias que con más ansiedad se esperan por el correo del 23, son las referentes a la guerra de los Balkanes que tiene en expectación a la Europa entera. En la precisión de adelantar este número de Navidad, no podemos esperar las nuevas noticias, pues cerramos esta quincena el día 22. A tenor de las noticias del último correo, estaba a punto de ser un hecho la toma de Constantinopla por los búlgaros, la cual parece había de constituir el desenlace natural de la guerra. Los búlgaros estaban a unas ocho horas de la ciudad de Constantinopla, y si logran romper la línea del Chatadja y acorrallar a los turcos hacia la capital, bien poder considerase dueños de ella.

Lo peor es que ha surgido un conflicto internacional de no pequeña gravedad.

Servia no tiene salida al mar por estar rodeada de otras naciones. Para exportar sus productos principalmente ganados, tiene que atravesar otros territorios, y la situación geográfica del pequeño reino hace forzosamente haya de valerse de ferrocarriles austriacos. Austria se ha valido de esta situación para tener casi esclavizada a Servia, imponiéndole condiciones onerosas y muchas veces arbitrarias. Por ejemplo, en cuanto el Gobierno de Belgrado resistía los designios de Austria, ésta declaraba *epidemiado* el ganado servio, y de Servia no salía un solo animal hasta que el Gobierno de Belgrado cedía al de Viena.

Con las recientes victorias, Servia está en condiciones de conquistar una faja de terreno hasta los puertos de Durazzo y San Juan de Medua en el Adriático y emanciparse de la tutela de Austria. Esta se opone formalmente; pero Rusia declara a su vez que Servia está en su derecho y que no hay que disputarle el fruto de victorias. Francia apoya a Rusia y por consiguiente a Servia, mientras que Italia parece apoyar a Austria por su parte. Inglaterra toma posiciones, por si pesca algo, según costumbre. El conflicto va desarrollándose y las cancillerías procuran suavizarlo y solucionarlo; pero no sin que a ratos se oscurezca el cielo y se oiga el rumor de tempestad. Lo cierto es que Austria prepara su ejército, sin dejar de hacer protestas pacíficas.

España ha mandado a Turquía el "Reina Regente". Alemania tiene allí dos cruceros; Rusia, uno; Francia, tres; Inglaterra, ocho acorazados y tres cruceros y por este estilo las demás naciones.

¿Será un hecho el derrumbamiento del imperio turco, esa gran vergüenza y escarnio de la Europa civilizada? Habrá saltado ya a estas horas el Bósforo la Corte otomana para trasladarse a Brussa capital de la Turquía asiática?

Claro que así lo deseamos vivamente, al fin como hijos de aquella valiente nación que un día, en aguas de Lepanto hirió de muerte en el corazón, al

murdo musulmán, cuya agonía, consecuencia de aquella herida, estamos ahora presenciando.

Y no proseguimos hoy. Mucho celebraremos que el turrón de Navidad sepa a gloria a nuestros amables lectores y que terminado con felicidad este año que ya llega a su ocaso les amanezca risueño y placentero el nuevo de 1913. Quiera el Salvador del mundo que este nuevo año sea más próspero que los anteriores para esta nuestra amada Colonia, con abundantes cosechas en los campos, con copiosas entradas en los comercios e industrias, con envidiable salud y bienestar en los cuerpos, y, sobre todo, con pujante vida de gracia en las almas. Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad.

Magis.

Cuentos Africanos

—II—

Aventuras de cinco hermanos

(Continuación)

Efectivamente: a los pocos instantes se presentaron delante del bote unas ballenas que acercándose más y más hacia ellos faltó muy poco para dar con ellos en el abismo Oganga que nunca dejaba el ídolo de sus manos lo mostró también a las ballenas poniéndolas a todas en precipitada fuga y dejando por lo tanto el camino del todo desembarazado.

Aprovechando la calma del mar hicieron esfuerzos de valor con los remos hasta que lograron separarse algunas brazas del fatídico cabo Reñanaga; y así hubieron de luchar como titanes durante tres días enteros contra todos los elementos.

Sería cuestión de nunca acabar si hubiésemos de referir uno por uno todos los obstáculos que hubieron de vencer hasta el quinto día.

Desesperado Reñanaga de ver que no había conseguido lo que él tanto deseaba, resolvió perseguirlos por sí mismo y al efecto convertido en una águila de proporciones colosales comenzó a remontarse por los aires en dirección a alta mar con intento de dejarse caer como un rayo sobre el bote en que iba Arrondo.

Nada de esto se ocultaba a Oganga, el cual dijo a sus hermanos animándoles a la lucha:—Hoy tendremos la última lucha, si vencemos ya no habrá más que desear y llegaremos tranquilos y victoriosos al término de nuestro viaje; pero es preciso que Ombena se prepare de nuevo a luchar con valor; y levantando el brazo señaló en el aire a todos un punto negro que casi tocaba en el cielo, y les dijo:—Mirad bien todos y vivid preparados: por allá arriba viene nuestro perseguidor el terrible Reñanaga que á todo trance quiere acabar con nosotros—. Todos miraron a lo alto como Oganga les decía y no tardaron en divisar lejos, muy lejos como un puntito negro que conforme iba bajando hacia

ellos aparecía cada vez más grande y dejaba escapar fuertes y agudos silbidos.

Bajaba con la velocidad del rayo, por lo que no tardaron en comprender que se trataba de un águila de las más grandes. Estaba ya muy cerca del bote cuando de repente se remontó de nuevo a las alturas para dejarse caer sobre ellos como una bala de cañón.

Tan pronto como Ombena la vió bajar, disparó un tiro haciéndola retroceder al momento.

Tercera vez probó de lanzarse al bote, le metió Ombena una bala en el cuerpo y....¡ como si nada!

—¿Qué haces. Ombena?—gritó el mayor de los hermanos—¿porqué no tiras con tu hermana?—Era esta la bala que Ombena trajo a este mundo el día de su nacimiento.

—Tienes razón—contestó Ombena, ya no me acordaba de la hermana, y dicho esto, sacó la bala de la mochila y cargando con ella el arma se preparó para la lucha.

Entre tanto Reñanaga furioso cada vez más remontó de nuevo el vuelo hasta lo más alto de los aires, desde donde por última vez se dejó caer como flecha disparada; pero Ombena supo muy bien atajarle los pasos atravesándole con la famosa bala de parte a parte logrando de este modo que cayera muerto dentro del bote con grande contento y alegría de todos. Era un águila fenomenal, sus alas caían en la mar por ambos costados de la embarcación y medía todo su cuerpo como cinco brazas. Antes de expirar el terrible animal lanzó una mirada terrible a su querida Arrondo, y le dijo:—¿Así me has pagado todos los favores que te hice?.... Te traté como a mi propia hija; y en pago de todo....¡ me das la muerte!.. Sin embargo esto no importa: tú serás mi heredera y después de mi muerte, te pido que vuelvas a mi pueblo a recoger todos mis bienes—y expiró.

Con la muerte de tan cruel perseguidor cesaron todos los obstáculos, el mar se calmó y sobrevino la más apacible calma. Oganga cortó las alas del águila y juntas con lo demás del cuerpo le colocó todo dentro del bote diciendo a todos:—Ahí veis en que ha venido a parar el bárbaro Reñanaga, terror de todos los pueblos por sus incontables fechorías de todo género. Ya no nos molestará más; y puesto que la noche se nos viene encima acerquémonos a tierra para descansar hasta mañana.

Al día siguiente por la mañanita izaron velas y favorecidos por la brisa tomaron rumbo hacia el pueblo de su afligido tío prosiguiendo el viaje con toda felicidad.

Entre tanto el pobre Njambè inquieto y casi desesperado por la ausencia tan prolongada de sus cinco hijos, se fué al pueblo de su hermano para enterarse de si sabía algo acerca de ellos.

Allí juntos los dos ancianitos hablaban de sus infortunios, llorando uno la pérdida de su hija y el otro la desaparición casi cierta de sus cinco hijos.

Continuará